hundírselo en el pecho con la misma fuerza que la vez primera; escapóle un grito de rabia, mejor que de dolor.

—Tendré sin duda encadenada el alma en el cuerpo, dijo.

Disponíanse á ayudarle para subir la fatal escalera, en cuya última grada le estaba aguardando el verdugo.

—Oh! que nadie me toque! volvió á repetir con igual firmeza.

Y sin la menor vacilacion, subió los seis escalones. Al llegar á lo alto del tablado, volvió á arrancar el puñ al, abriéndose una tercera herida no menos profunda que las dos primeras. Prorumpiendo entonces en una extrepitosa carcajada, tiró á los piés del verdugo el puñal, que acababa de arrancar de su tercera herida.

—Bastante he hecho por mi parte: ahora te toca á tí; á ver si logras salir airoso.

Un minuto despues rodaba sobre el cadalso la cabeza del animoso jóven, la cual, por efecto sin duda de la extraordinaria vitalidad que en él se habia manifestado, fué rodando hasta salirse del cuadro.

Aun hoy encontrareis en Bourg, como yo lo he oido, quien os dirá que aquella cabeza, rodando al pié del cadalso, pronunció el nombre de Amelia. Los muertos fueron ejecutados despues del vivo; de suerte que, léjos de perder los espectadores con los sucesos que acabamos de referir, tuvieron por el contrario doble funcion.

XII.

La confesion.

Tres dias despues de los tristes acontecimientos explicados en el capítulo precedente, deteníase, á eso de las siete de la tarde, ante la verja del castillo de Fuentes-Negras, un coche de viaje tirado por dos caballos de posta, cubiertos de espuma. Con grande extrañeza del que tanta prisa se daba en llegar, estaba abierta de par en par la verja; una infinidad de pobres llenaban el patio, y á la entrada habia arrodilladas muchas personas. Cuando, satisfecha la primera curiosidad causada por la vista de tanta gente, pudo el recien llegado aplicar el oido, parecióle oir el sonido de una campanilla.

Abriendo precipitadamente la portezuela, saltó del coche, atravesó con paso rápido el patio, precipitóse á la entrada, y vió la escalera igualmente atestada de hombres y mujeres. Abrióse paso hasta el primer piso, donde le pareció oir un murmullo religioso que salia del cuarto de Amelia. Lanzóse á él, en cuya alcoba vió arrodillados á madama de Montrevel y Eduardo, y á alguna distancia de ellos, á Carlota, Miguel y su hijo.

El cura de Santa Clara estaba administrando los últimos

sacramentos á Amelia, iluminado el cuarto con la sola luz de los cirios. Habráse ya reconocido á Roland en el viajero que acabamos de introducir en el cuarto de Amelia, donde descubriéndose fué á arrodillarse al lado de su madre.

Echada la enferma de espaldas, con las manos juntas y algo levantada la cabeza sobre la almohada, fijos los ojos en el cielo, en una especie de éxtasis, pareció no advertir la llegada de Roland. Habríase dicho que el cuerpo era aun de este mundo, pero que el alma divagaba ya entre el cielo y la tierra. La mano de madama de Montrevel buscaba la de Roland, y al estrecharla, dejó caer sollozando, la cabeza sobre el hombro de su hijo. Estos maternales sollozos no llegaron sin duda á oidos de Amelia, como tampoco habia descubierto probablemente á su hermano, puesto que seguia en la mas completa inmovilidad. Unicamente cuando, administrado el Viático, fuéla prometida la felicidad eterna por la consoladora voz del sacerdote, parecieron animarse sus marmóreos labios, murmurando con acento inteligible, aunque muy débil:

—Así sea!

Dejóse oir de nuevo la campanilla, salió el monacillo que la tocaba, seguido de los otros dos que llevaban los cirios, tras estos el que sostenia la cruz, y finalmente el digno sacerdote en cuyas manos iba el Dios de cielos y tierra. Fueron á acompañarle á la iglesia los que con él habian venido, quedando sola la familia.

La casa, poco antes llena de gente, quedó silenciosa y

casi desierta. La enferma no habia hecho el menor movimiento; continuaban cerrados sus labios, juntas las manos, alzados al cielo los ojos. Al cabo de un rato, acercándose Roland al oido de madama de Montrevel, le dijo en voz baja:

—Venid, mamá; tengo que hablaros.

Levantóse madama de Montrevel, acercando á Eduardo á la cama de su hermana, junto á la cual, alzándose el niño de puntillas, la dió un beso en la frente. Apartándole madama de Montrevel, inclinóse llorando sobre su hija, á quien dió un beso en el mismo sitio. Acercóse á su vez Roland, oprimido el pecho, pero enjutos los ojos: cuánto habria deseado derramar las lágrimas que ahogaban su corazon! Besó á Amelia, como habian hecho su madre y hermano; mas ella pareció tan insensible á este beso, como lo habia sido á los otros dos.

Dirigiéronse á la puerta madama de Montrevel y Eduardo, en compañía de Roland; mas al llegar á ella, detuviéronse los tres, como asustados. Habíales parecido oir pronunciar claramente el nombre de Roland. Volvióse este, cuando Amelia lo repetia distintamente por segunda vez.

—Me llamas, Amelia? preguntó Roland.—Sí, contestó la voz de la moribunda.—A mí solo, ó á todos?—A tí solo.

Aquella voz sin entonacion, pero perfectamente clara, tenia algo de imponente; parecia un eco del otro mundo.

—Id, mamá, dijo Roland, pues ya veis que Amelia desea hablarme á solas.—Oh! Dios mio! murmuró madama de Montrevel; aun queda alguna esperanza!

Aunque pronunciadas en voz muy baja, oyó la moribunda estas palabras.

—No, mamá, contestó; Dios ha permitido que volviese á ver á mi hermano; pero esta noche todo habrá concluido para mí.

Madama de Montrevel exhaló un profundo gemido.

Hízola seña Roland de que les dejase solos, y luego que hubieron salido madama de Montrevel y Eduardo, cerró la puerta y se dirigió, visiblemente conmovido, á la cabecera de la cama. Poco se diferenciaba ya Amelia de un cadáver; su aliento apenas habria empañado un espejo; únicamente los ojos, desmesuradamente abiertos, se mantenian fijos y brillantes, como si en ellos se hubiese concentrado lo poco que la quedaba de vida.

Habia oido hablar Roland de aquel extraño estado á que se da el nombre de éxtasis, y que no es otra cosa que la catalepsia. Ocurrióle, á la vista de Amelia, que sufria ya esta especie de muerte anticipada.

—Aquí estoy, Amelia, qué me quieres?—Sabia que ibas á llegar, contestó la jóven sin hacer el menor movimiento, y te estaba aguardando.—Y cómo sabias que iba á llegar? preguntó Roland.—Porque te veia venir.

Extremecióse á su pesar Roland.

—Y sabias tambien, preguntó, por qué venia?—Sí, y por esto he suplicado á Dios con tanto fervor, que se ha dignado permitir que pudiese levantarme y escribirte.—Cuándo?—La última noche.—Y la carta?—Está debajo de la almohada, tómala y léela.

Dudó por un instante Roland, creyendo que su hermana deliraba.

—Pobre Amelia! murmuró al fin.—No hay que tenerme compasion, contestó la jóven, voy á reunirme con él.—Con quién? preguntó Roland.—Con el que yo amaba y tú has muerto.

No quedó ya duda á Roland; Amelia deliraba: de quién, sino, queria hablar?

—Amelia, le dijo, yo habia venido para interrogarte.—Sobre lo ocurrido con lord Tanlay, ya lo sé, contestó la jóven.—Y cómo lo sabias?—Te he dicho ya que te habia visto venir y sabia por qué venias.—Contéstame pues.—No distraigas mi atencion, concentrada en Dios y en él, Roland; te he escrito, lee mi carta.

Introdujo Roland la mano debajo de la almohada, sin dejar de creer por esto que su hermana deliraba. Mas con grande extrañeza encontró un papel; y sacándolo, vió que era una carta, en cuyo sobre se leian estas palabras.

« Para Roland, que llega mañana. »

Acercóse á la lamparilla, que ardia en el cuarto, para poder leer mejor la carta, que llevaba la fecha del dia anterior, á las once de la noche, y decia así:

« Hermano mio, cada uno de nosotros dos tiene que perdonar al otro una cosa terrible. »

Miró Roland á su hermana, que seguia en la misma inmovilidad, continando luego su lectura.

« Yo amaba á Carlos de Sainte-Hermine; no solo le amaba, sino que era ya su esposa. »

—Oh! murmuró el jóven entre dientes, morirá.—Ya ha muerto, contestó Amelia.

Arrojó Roland un grito de sorpresa: habia pronunciado en voz tan baja las palabras á que acababa de contestar Amelia, que casi ni él mismo las oyó. Sobreponiéndose no obstante á su dolorosa emocion, fijó de nuevo los ojos en la carta.

« La union de la hermana de Roland de Montrevel con el jefe de los compañeros de Jehú era el terrible secreto que encerraba mi corazon y minaba poco á poco mi existencia. Una sola persona debia saberlo, y lo supo: esta persona era lord Tanlay. Dios bendiga al hombre generoso y leal que me prometió desbaratar un casamiento imposible, y ha sabido cumplirme la palabra.

« Que la vida de lord Tanlay sea para tí sagrada, oh Roland! Es el único amigo que he tenido en mi dolor, la sola persona que ha unido sus lágrimas con las mias. Yo amaba á Carlos de Sainte-Hermine, era la esposa de Carlos; hé aquí la cosa terrible que has de perdonarme. Pero, en cambio, tú has sido la causa de su muerte; hé aquí la cosa terrible que yo te perdono. Ahora llega pronto, Roland, pues no puedo morir hasta que hayas llegado. Morir es volverle á ver, morir es reunirme con él para no separarnos jamás; por esto deseo morir. »

No podia darse mayor claridad y precision; era por lo tanto evidente la imposibilidad de atribuir á una imaginacion delirante el contenido de la carta. Volvióla á leer Roland con febril ansiedad y entrecortado aliento; vencido, sin embargo, por la compasion que excitaba el triste estado de Amelia, acercósele, y extendiendo sobre ella la mano, la dijo con la mayor dulzura.

—Hermana mia, te perdono.

Un ligero estremecimiento pareció agitar el inerte cuerpo de la moribunda.

—Ahora pues, contestó, llama á mamá, para que pueda morir en sus brazos.

Corrió Roland á la puerta y llamó á madama de Montrevel. Estaba abierto su cuarto, aguardando en él la pobre madre que hubiese terminado la conferencia reservada que habia solicitado Amelia. Al oir la voz de Roland, apresuróse á volver al cuarto de su hija, cayendo de rodillas al lado de la cama. Incorporándose entonces Amelia, cual si una fuerza invisible hubiese roto los lazos que la sujetaban en su lecho de agonía, extendiendo los brazos y dando la mano á su madre:

—Mamá, le dijo, vos me disteis la vida, vos me la habeis quitado; bendita seais: es el mayor favor que podiais hacer á vuestra hija, para quien no habia ya felicidad posible en este mundo.

Alargando en seguida la mano izquierda á Roland, que se hallaba arrodillado tambien al otro lado de la cama:

—Quedamos los dos perdonados, no es verdad, hermano? le dijo.—Sí, mi pobre Amelia, con todo corazon, contestó afectado Roland.—Una sola cosa tengo que encargarte de nuevo.—Cuál?—No olvides que lord Tanlay ha sido mi mejor amigo.—Puedes estar segura, repuso Roland, de que la vida de lord Tanlay será para mí sagrada.

Despues de un débil suspiro, prosiguió Amelia con voz apagada:

—Adios, Roland; adios, mamá; abrazad de mi parte á Eduardo.

Luego, con un grito salido del corazon, en el que se notaba una manifiesta expresion de alegría:

—Ya voy, Carlos, exclamó, ya voy.

Dejó caerse sobre la cama, retirando ambas manos, que fueron á juntarse sobre su pecho. Levantáronse Roland y madama de Montrevel, inclinándose á un mismo tiempo sobre la jóven. Habia esta recobrado su primera posicion, con la sola diferencia de que sus párpados estaban cerrados, y no se percibia el ligero soplo de su aliento. El martirio quedaba consumado: Amelia habia muerto.

XIII.

Ineficacia de las nuevas medidas adoptadas por Roland.

Acaeció la muerte de Amelia durante la noche del lunes al martes, ó sea del 2 al 3 de junio de 1800. Tenia lugar en la noche del jueves, 5 del mismo mes, en la Grande Ópera, la segunda representacion del *Osian ó los Bardos*.

Pública era la profunda admiracion que manifestaba el primer cónsul por los cantos compilados por Macpherson, lo cual movió á la Academia musical, deseosa de rendirle esta muestra de respetuosa deferencia, á encargar una ópera que, á pesar de toda la actividad desplegada, no pudo sin embargo ponerse en escena hasta un mes despues de haber salido Bonaparte de París, para tomar el mando del ejército de reserva. Por lo demás, explicado queda el verdadero objeto de este ejército, que hemos dejado acampado entre Turin y Casal.

Distinguíase en una de las lunetas del anfiteatro, por la concentrada atencion que prestaba al espectáculo, un grave personaje, cuya aficion á la música dejaba fácilmente conocer. Al concluir el primer acto, acercósele, por entre la doble fila de lunetas, uno de los porteros y le preguntó á media voz: